

nombre, que lo mejor será esperar, como há poco decíais, que nuestra María Teresa venga á impetrar el auxilio de sus fieles húngaros, y mientras esperamos este día, brindemos alegremente á la salud de su vástago real y de la bandera sin mancilla; para esto será preciso que esas señoritas se ocupen en aderezar el almuerzo supliendo la ausencia de Juan Oullier, á quien alguien se ha permitido mandar á Montaigu sin mi anuencia, añadió dirigiendo á sus hijas una mirada algún tanto colérica.

—Ese alguien soy yo, contestó Petit-Pierre en tono cortés y con firmeza. Os suplico que me perdonéis esta libertad, en gracia del objeto que la motivó, pues nos convenía mucho saber cómo se encontraban los ánimos de los aldeanos reunidos en la feria de Montaigu.

A pesar de su timbre suave y apacible, tenía la voz de Petit-Pierre un acento tan firme sin ser afectado, y una expresión de tanta superioridad, que el marqués al oírla no se atrevió á replicar, y al evocar el recuerdo de todos los personajes á quienes en sus tiempos había conocido, tratando de adivinar de cuál de ellos descendía su interlocutor, tan sólo acertó á balbucir algunas palabras de asentimiento. En esto entró en el salón el conde de Bonneville á quien Petit-Pierre suplicó le permitiera presentarle al marqués en calidad de amigo, que ya lo era suyo, y el buen hidalgo, movido por las simpatías que experimentaba por Petit-Pierre por el interesante coloquio que con él acababa de tener, no encontró por cierto menos agradable á su noble compañero, cuyo semblante franco y jovial acabó de sofocar los últimos restos de su enojo. Apretóle cordialmente la mano, juró olvidar la cobardía de sus follones y medrosos camaradas, é invitando á sus huéspedes á pasar al comedor, propúsose poner en juego toda su habilidad para inducir al conde de Bonneville á revelar el verdadero nombre de su singular compañero. En esto entró Mary anunciando que estaba puesta la mesa.

## XXVI

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY SE AFLIGE PORQUE PETIT-PIERRE NO ES HIDALGO

Cuando llegaron al comedor, el anfitrión y sus huéspedes detuviéronse á la puerta, ante el formidable aspecto de la sala. De su centro alzabase, cual antigua ciudadela dominando los edificios de su alrededor, un soberbio pastel de corzo y jabalí, flanqueándola á los cuatro puntos cardinales un grandísimo sollo que no bajaba de quince libras, tres ó cuatro gallinas en adobo, una verdadera torre de Babel de chuletas, y una inmensa pirámide de gazapos con salsa verde; y como sirviéndole de puntos avanzados, la cocinera de Souday había rodeado estos manjares de numerosos platos de frituras, manteca, anchoas, aceitunas, pepinillos, rábanos, frutas y conservas de todas clases, confundidos y apiñados en pintoresco desorden, presentando un grato espectáculo á la vista de los huéspedes del castillo, cuyo apetito habiase despertado con el penetrante y saludable airecillo de las selvas del país de Mauges.

—¡Caramba! exclamó Petit-Pierre parándose como hemos dicho al ver aquel formidable aparato; en verdad, señor de Souday, que tratáis con sobrada esplendidez á unos pobres aldeanos como nosotros.—Nada de eso, amigo mío; no he tenido la menor parte en ello, y por lo tanto no hay que agradecerme ni criticármelo, sinó á esas señoritas; sin embargo, aunque creo excusado decíroslo, debo manifestaros que tendré un gran placer en que honréis con vuestra indulgencia la mesa de un pobre hidalgo campesino.

Al terminar estas palabras el marqués empujó suavemente á Petit-Pierre para que se sentara á la mesa, á lo cual accedió diciéndole:

—No me atrevo á aseguraros que honraré dignamente vuestra mesa, pues soy poco gastrónomo.—Comprendo, con testó el marqués: estáis acostumbrado á más delicados man-

jares: yo de mí sé decir que á fuer de buen campesino prefero á todas las golosinas del mundo los platos sustanciosos y succulentos que reparan mejor el estómago.—Acerca de eso he oído muy graves disertaciones entre el rey Luis XVIII y el marqués de Avaray.

El conde de Bonneville dió un codazo á Petit-Pierre.

—¿Habéis conocido á Luis XVIII y al marqués de Avaray? preguntó asombrado el hidalgo mirando á Petit-Pierre como para cerciorarse de si se burlaba de él.—Yo lo creo; en mi mocedad, muchísimo, contestóle con el acento más natural del mundo.—¡Ya!

En esto se habían sentado todos á la mesa, incluso Berta y Mary, y empezaron á abrir brecha en el formidable desayuno; pero por más que el marqués brindó á su misterioso huésped con los platos más agradables y regalados, no logró que éste aceptase la menor cosa, pues á lo que dijo prefería una taza de té y un par de huevos de las gallinas que oyó claquear aquella mañana.

—En cuanto á huevos, contestó el marqués, es muy fácil complacerlos; Mary irá por ellos al gallinero y los hallará calientes todavía; pero..... te..... puedo equivocarme, mas apostaría á que no lo hay en casa.

La buena Mary, que sin esperar la orden de su padre se había levantado para satisfacer los deseos de Petit-Pierre, se detuvo súbitamente antes de llegar á la puerta al oír las dudas manifestadas por el marqués; y viendo el embarazo de ambos, Petit-Pierre comprendió que en efecto se veían en la imposibilidad de ofrecerle lo que apetecía, y dijo:

—No os apuréis por eso; el señor conde de Bonneville me hará el obsequio de ir á buscar un poco en mi *estuche*, donde lo habrá de seguro, pues como he adquirido el vicio de tomarlo, siempre llevo conmigo cuando voy de viaje.

Y sacando una llavecita que en un manajo traía colgada de una cadenilla de oro, entrególa al conde de Bonneville, quien salió por una puerta del comedor, en tanto que Mary salía por otra.

—¡Vive el cielo! exclamó el marqués engullendo una enorme tajada de venado; ¿sabéis, amiguito, que sois una verdadera niña, y que á no haberos oído hablar poco há con tanta energía y discreción, casi dudaría de vuestro sexo?—¿De veras? dijo sonriendo Petit-Pierre; aplazad vuestro concepto para cuando nos hayamos medido con las huestes de

Luis Felipe: no dudo que entonces formaréis de mí más ventajosa opinión de la que ahora os acabo de inspirar.—¿Es decir que según eso seréis de los nuestros? preguntó atónito el marqués.—Así lo creo, contestó Petit-Pierre.—Y yo, añadió Bonneville que en aquel momento entraba en el comedor, os respondo de que le veréis constantemente á mi lado.—Mucho me holgaré de ello, contestó el marqués; pero no creáis que me extrañe sobremanera ese rasgo de valentía, pues sobre ser bien sabido que Dios no da el valor á los hombres á proporción de su estatura y fuerzas, vi con mis propios ojos en la primera guerra de la Vendée á una señora que militaba en las filas de Charrette, y se portó con singular bazarria.

En esto entró Mary llevando en una mano la tetera y en la otra un plato con dos huevos pasados por agua. Volvióse hacia ella Petit-Pierre, y le dijo con un tono de galante protección que recordó al marqués las aristocráticas maneras de los señores de la antigua corte:

—Gracias mil, hermosísima niña; os suplico que me perdonéis la molestia que os acabo de causar.—Há poco, dijo el marqués de Souday hablabais de Luis XVIII y sus opiniones culinarias, y por cierto que también he oído asegurar que era muy delicado en sus comidas.—Es la pura verdad, contestó Petit-Pierre; el buen monarca tenía un modo especial y enteramente suyo de comer los hortelanos y las chuletas.—Sin embargo, contestó el de Souday llevándose de un bocado la carne de una chuleta cuyo hueso dejó desnudo, no concibo como pueda haber más de un modo de comerlos.—¿Y es el vuestro, no es verdad? replicó riendo Bonneville.—Por lo que toca á los hortelanos, no suelo comerlos; mas cuando Berta y Mary se divierten por casualidad cazando alondras y pipies, cójolos por el pico, los salpimento, y metiéndomelos enteritos en la boca, les corto el pico con los dientes junto á los ojos. Es el mejor modo de comerlos, y no tiene otro inconveniente que el de necesitarse dos ó tres docenas por cabeza.

Echóse á reír Petit-Pierre recordando la famosa historia de aquel suizo que apostó á que se almorzaría un becerrillo de seis semanas y contestó:

—No he hablado con mucha exactitud al decir que Luis XVIII comía los hortelanos y las chuletas de un modo particular; la verdadera singularidad era el modo de cocerlos.

—Sin embargo, añadió el marqués, yo siempre he visto cocerlos hortelanos al asador y las chuletas á las parrillas.—Indudablemente; mas el buen monarca era muy refinado en sus gustos. Figuráos que el cocinero real hacía siempre cocer la chuleta, que según él *debía tener el honor de ser comida por el rey*, entre otras dos chuletas que le comunicaban de este modo su jugo sustancioso, y lo mismo hacía con los hortelanos, metiéndolos dentro de un tordo, el cual era metido á su vez en una becada. Verdad es que cuando estaba cocido el hortelano, la becada no se hallaba ya en estado de ser comida; pero el tordo estaba sabrosísimo y mucho más el hortelano.—¡Cáspita, cáspita, mancebo! Diríase que vos mismo habéis visto hacer al buen monarca todas esas proezas gastronómicas.—Diríase la verdad.—¿Habéis desempeñado algún cargo en la corte? preguntó el marqués trocando en risa su admiración.—Fuí paje.—¡Acabáramos con ello! ¡Pardiez! á decir verdad, mucho habéis visto para la edad que tenéis.—Si, contestó suspirando Petit-Pierre, y demasiado.

Al oír estas palabras, las hijas de Souday dirigieron al joven una mirada de simpatía, y notaron que aquel semblante tan fresco y jovial á primera vista llevaba impresas las huellas de los sufrimientos que siempre acarrea la desgracia.

Desde este momento decayó la conversación á pesar de los esfuerzos del marqués, quien en vano trató de reanimarla dirigiéndose á su huésped con numerosas sabias y difusas disertaciones acerca de toda clase de guisos y condimentos. Su joven interlocutor estaba sumido en hondas reflexiones, y cual si después de las últimas palabras que acababa de pronunciar no le fuese dado añadir ni una sílaba, no se dió por aludido, ni prestó atención á los elocuentes discursos del viejo hidalgo. Sin embargo, éste al levantarse de la mesa estaba tan excitado por los vapores de la comida, que sin parar mientes en el silencio de su comensal, siguió hablándole tan afectuoso y expansivo como antes. Concluído el almuerzo volvieron todos al salón, en cuya chimenea ardía un grandísimo fuego, indicio de la vegetación de los bosques de Machecul; mas en lugar de reunirse Petit-Pierre con el marqués, sus hijas y el conde de Bonneville, que se habían sentado junto al hogar, fué con aire caviloso á ponerse á una ventana y apoyó la frente en sus cristales.

Estaba el buen hidalgo conversando con el conde á quien estaba haciendo un ardiente panegírico de su joven camarada, cuando de pronto se oyó la voz de éste que llamaba á Bonneville, quien se volvió acudiendo presuroso á su llamamiento; díjole aquel bajito algunas que parecían órdenes, á cada una de las cuales se inclinaba el conde en señal de respetuoso asentimiento; y luego, tomando éste el sombrero, saludó saliendo de la sala. Entonces adelantóse Petit-Pierre hacia el marqués y le dijo:

—Señor de Souday, debo manifestaros que me he permitido asegurar al conde de Bonneville que podía disponer sin el menor reparo de uno de vuestros caballos para dar una vuelta por estós alrededores y citar para esta noche á esos obstinados con quienes habéis discutido tan calurosamente esta mañana. Sospecho que á su llegada aún estarán reunidos en San Filiberto, y por lo mismo le he encargado la mayor diligencia posible.—Mucho temo, dijo el marqués, que algunos estén resentidos de lo que les he dicho esta mañana y se nieguen á venir.—Si no acceden á una invitación, se les mandará una orden.—¿De quién? preguntó admirado el marqués.—De la duquesa de Berry, que ha dado plenos poderes para obrar al conde de Bonneville. Y añadió vacilando: ¿no teméis, señor marqués, que esta reunión celebrada en Souday sea fatal para sus moradores? Si es así, decidlo francamente; el conde no ha partido todavía.—¡Por vida de...! exclamó el marqués, parta en buen hora y al galope, aunque tenga que reventar mi mejor caballo.

Hubiérase dicho que Bonneville esperaba la anuencia del marqués para ponerse en camino, pues apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando pasó el joven en un brioso corcel ante las ventanas del castillo, y trasponiendo de un salto la puerta del patio, tomó á escape el camino de San Filiberto.

El marqués fué á la ventana de enfrente, y estuvo contemplándole hasta que le perdió de vista.

Entonces volvióse, y mientras buscaba á Petit-Pierre, díjeronle sus hijas que había salido del salón manifestando que se retiraba á su aposento para despachar la correspondencia.

—¡Diantre con el mocito! murmuró el marqués de Souday.